



NÚMERO 673

11 DE OCTUBRE DE 1909

AÑO XXVII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 á 3.—Trajes de otoño

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Variedades. — El camino de la dicha, novela original de M. E. Marcel (*continuación*).

GRABADOS. — 1 á 3. Trajes de otoño. — 4. Abrigo de noche. — 5. Varias prendas de canastilla. — 6 y 7. Vestidos de niñas. — 8. Abrigo redingote. — 9. Traje de paño. — 10. Portacriatura ó Moisés. — 11 á 15. Trajes de niñas y jovencitas. — 16 á 18. Trajes de sastre y de tarde.

HOJA DE PATRONES NÚM. 673. — Cinco prendas diferentes. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 673. — Diversos y variados dibujos. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

I. HOJA DE PATRONES NÚM. 673. — Camisa y pantalón para niña, cubrecorsé fruncido, gorra y pantalón cerrado. — Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.



4.—Abrigo de noche

2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 673. — Diversos y variados dibujos. — Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de calle.

Primer traje, de paño muselina. Falda de calle, montada á grupos de pliegues. Chaqueta larga cruzada, adornada de un plegado y de botones en forma de bellotas, forrados de seda liberty del mismo color del traje. Mangas plegadas y adornadas de bordados, así como el escote. Cuello y peto de linón blanco. Toca drapeada de terciopelo, adornada de un penacho paraíso prendido con un cabujón cincelado.

Segundo traje. Falda de terciopelo negro adornada de trencilla. Delantal prolongándose sobre el cuerpo drapeado y cruzado de tul negro, bordado de lentejuelas de acero y azabache. Cuello, camiseta y mangas cortas de encaje de Irlanda. Mangas largas de crespón de China. Sombrero de raso azul pavo

real, adornado de encaje negro que forma una escarapela ancha sobre el ala levantada, prendida con un grueso cabujón de azabache.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 á 3. TRAJES DE OTOÑO.

I. *Traje de estilo de sastre*, de paño encarnado obscuro. Falda corta, adornada á un lado, así como la chaqueta semilarga, de un paño plegado, bordado de trencilla negra. Mangas largas y ajustadas, y cuello de paño, bordados de trencilla. Toca de seda con el borde de terciopelo, adornada á un lado de un penacho negro.

II. *Traje de lana gris aeroplano*. Falda con delantal estrecho, guarnecida, á los lados, de bordados de trencilla; este delantal se recorta formando canesú sobre la falda plegada. Cuerpo plegado formando tirantes, adornado de un volantito estrecho de tafetán indesplegable alrededor del peto de encaje blanco. Mangas cortas plegadas y mangas largas fruncidas á los puños bordados de trencilla. Cinturón adornado de trencilla. Sombrero de terciopelo negro, adornado de un fondo de boina de tafetán escocés.

III. *Abrigo de paño color de kaki*, adornado por delante y por detrás de pliegues atravesados por presillas de cordón sujetas con botones de terciopelo; de este mismo terciopelo son el cuello de chal y los grandes botones. Mangas largas, fruncidas á los puños orlados de terciopelo. Sombrero también de terciopelo, adornado de un lazo de seda liberty y de una flor de gran tamaño colocada sobre el delantero.

4. *ABRIGO DE NOCHE*, de meteoro negro forrado de seda verde hoja, drapeado por delante bajo una aplicación prendida con un grueso cabujón de azabache. Mangas drapeadas bajo un galón de azabache. Un bordado adecuado guarnece las puntas del abrigo y la espalda. Gran sombrero de felpa, cubierto de plumas de gallo blanco.

5. VARIAS PRENDAS DE CANASTILLA.

I. *Chambrita* de batista de hilo, guarnecida de un canesú de plieguecitos, alternados con entredoses de valenciennes. Mangas con el mismo adorno en los puñitos.

II. *Chambrita* de piqué blanco, guarnecida de un canesú de batista plegada y entredoses de valenciennes.

III. *Babero* de hechura de novedad, de piqué bordado, guarnecido de un encaje de hilo estrecho y sujeto á la cintura con un cinturón de piqué abrochado detrás.

IV. *Pantalón cerrado*, de franela blanca ó de piqué, guarnecido por el borde de plieguecitos de lencería y de un bordadito á la inglesa.

V. *Americanita* de franela blanca, bordada todo alrededor, así como el cuello, de un festón ancho y cerrada delante con una cinta de seda del mismo color. Mangas largas, guarnecidas de bocamangas bordadas.

VI. *Vestido largo*, de batista blanca, fruncido sobre un cuerpo, adornado de grupos de plieguecitos de lencería y de tirantes también plegados, orlados de bordado inglés. Mangas largas, adornadas de solapitas. Gran cuello de marinero, de linón blanco, guarnecido de un grupo de plieguecitos de lencería orlados de entredoses de encaje de valenciennes.

6 y 7. VESTIDOS DE NIÑAS.

I. *Vestido de niña*, de muselina de lana blanca con ramos de florecillas, de hechura recta, montado al borde de una camiseta de linón blanco, hecha á grupos de plieguecitos alternados con entredoses de valenciennes y rodeada de una cinta de estampado chiné. Mangas largas y ajustadas, adornadas como la camiseta.

II. *Vestido de niña*, de terciopelo azul zafiro, ligeramente drapeado al través en la falda sobre un volante plegado y en el cuerpo sobre un cuello y una camiseta de guipur. Mangas semilargas, adornadas de botones y de puños de guipur.

8. *ABRIGO REDINGOTE* de paño de color bronceado, con la espalda y el delantero recortados y aplicados con tiras respunteadas y guarnecidas de botones con presillas de cordones. Gran cuello de chal de skungs, así como las bocamangas de las mangas largas. Manguito de skungs. Toca de terciopelo, adornada de un galón de plata.



5.—Varias prendas de canastilla

9. *TRAJE de paño cyclamen*. Falda de calle. Blusa rusa, adornada de bordados de trencilla, y cinturón de seda liberty, cerrado á un lado con una gran escarapela. Cuello y camiseta de encaje fino blanco. Mangas largas, fruncidas á unos puños bordados de trencilla. Sombrero afelpado, adornado á un lado de un pájaro gris.

10. *PORTACRIATURA Ó MOISÉS*, de nansuck, adornado de tiras bordadas. El colchoncito está forrado de percalina color de rosa ó azul pálido y la cubierta está adornada de bordado y entredoses con una cinta ancha color de rosa ó azul que, pasada por los ojos, se ata á un lado. Este mismo adorno lleva la almohadita.

11 á 15. TRAJES DE NIÑAS Y JOVENCITAS.

I. *Traje de marinero para niña*, de jerga blanca. Falda con canesú, plegada todo alrededor y guarnecida por delante de una tabla formando delantal. Blusa guarnecida, así como el cuello



I



2

6 y 7.—Vestidos de niñas

de mariner, el chaleco y las mangas largas, de bieses de tafetán azul pálido. Corbata y cinturón de este mismo tafetán.

II. *Elegante vestido de niña*, de terciopelo flexible de color gris topo. Falda corta, de terciopelo, ligeramente fruncida. Blusa de seda color de rosa pálido, adornada de un canesú que se prolonga en una tabla sobre el delantero, de grandes botones de seda y atravesada de tirantes de seda drapeados, formando hombreras sobre las mangas cortas y abolsadas de seda color de rosa pálido.

III. *Traje de sastrer para niña*, de jerga azul marino. Vestido plegado. Paletó largo, adornado á los lados de unos paños plegados. Cuello de hechura de novedad, con aplicación de terciopelo, así como las bocamangas. Botones de terciopelo. Sombrero de fieltro encarnado, adornado de un fondo de boina de raso y de una cinta negra.

IV. *Elegante abrigo de jovencita*, de jerga gruesa azul, de hechura recta, cruzado á un lado y abrochado con botones de pasamanería negra adornada por el borde de una tira ancha de bordado de trencilla. Gran cuello chal y puños drapeados de las mangas de novedad, de faille de color violado, adornado de trencilla. Sombrero de fieltro, adornado de encaje, con una gran flor de cinta colocada á un lado.

V. *Traje elegante para jovencita*, de paño cebellina color de Corinto, de hechura recta, con el borde adornado de un volante fruncido. Cinturón de seda liberty, con un lazo á un lado con largas caídas terminadas en flecos. Canesú de muselina de seda plegada. Chaqueta semilarga, abierta por delante y guarnecida de trencilla. Mangas largas, de hechura de novedad. Sombrero de fieltro gris, guarnecido de una escarapela de cinta color de Corinto.

16 á 18. TRAJES DE SASTRE Y DE TARDE.

I. *Abrigo elegante*, de paño verde kaki, de hechura recta, adornado á los lados del delantero de tres pliegues prendidos con un botón y de bordados de trencilla sobre los bolsillos y en el cuello. Mangas de novedad, plegadas sobre los codos y adornadas de botones y de bocamangas bordadas de trencilla. Sombrero marqués, de fieltro peludo, guarnecido de un galón ancho de azabache y de un penacho de plumas.

II. *Traje de tarde*, de terciopelo flexible negro ó verde, de

hechura princesa, adornado de un delantal ancho que se recorta en tirantes sobre una camiseta de encaje rodeada de un galón ancho bordado. Este traje va recogido por un lado en un drapeado atado detrás con un lazo con caídas terminadas en fleco. Gran sombrero de fieltro, drapeado de cinta y adornado de grandes alas.

III. *Traje de estilo de sastrer*, de paño negro ó de color de moda. Falda corta, adornada á los lados de un paño ancho plegado y en el centro de los pliegues lleva un bolsillo bordado de trencilla fina. Chaqueta semilarga, guarnecida de solapas y bolsillos bordados de trencilla, abierta por delante sobre un chaleco drapeado y cruzado de seda flexible. Mangas semilargas, adornadas de bocamangas de trencilla y de volantes de linón. Cuello y peto de linón. Sombrero de felpa flexible, guarnecido á un lado de un bonito penacho de plumas.

VARIEDADES

Artistas que pleitean

El Tribunal civil de París ha entendido en un pleito entre la eminente actriz Sarah Bernhardt y el notable autor dramático Enrique Bataille.

Sarah había admitido una adaptación del *Fausto*, de Goethe, hecha por Bataille, y comenzó á ensayarla y á confeccionar trajes y decoraciones. Pero se le ocurrió pedir algunas modificaciones en el libro, y el autor se negó terminantemente á hacerlas.

Sarah, entonces, se negó á representar la obra, y Bataille recurrió á los Tribunales para que la actriz cumpliera el contrato, ó, en caso contrario, le abonara una indemnización de 20.000 francos.

La ilustre actriz contestó pidiendo á Bataille una indemnización de 50.000 francos por los gastos que llevaba hechos.

El Tribunal ha declarado que ambos son culpables igualmente. Condena á Sarah Bernhardt á devolver el manuscrito á su autor, y á Bataille á pagar á Sarah 10 000 francos por daños y perjuicios.

Playas americanas

La costa del Atlántico está sembrada de balnearios más ó menos de moda, pero todos concurridísimos, porque el yanqui gusta sobre manera del mar, y por poco que sus medios se lo permitan, pasa cuando menos unos días en la playa. La población de Nueva York ha escogido para su esparcimiento el conocido «Coney Island», la «isla alegre», que ha llegado á ser un punto de reunión cosmopolita, por donde en una sola semana suelen desfilar centenares de miles de personas. Coney, con sus pequeñas edificaciones de madera, es de una alegría ruidosa, llamativa, hasta un tanto importuna, mientras que Brighton y Manhattan-Beach, que por medio de avenidas están unidas á Coney, se cuentan entre las playas de moda.

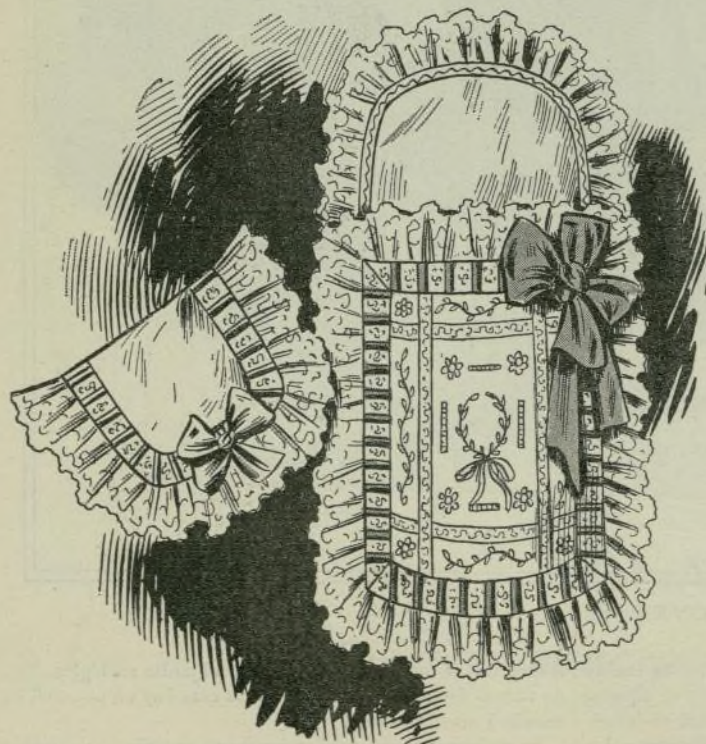
Pero la reina de las playas americanas es Newport, donde á lo largo del célebre «Cliff Walk» se elevan las fastuosas villas de los archimillonarios yanquis. Estos durante muchos años pudieron considerar á Newport como propiedad exclusivamente suya, porque allí no se acercaba quien no perteneciese al gremio de los archimillonarios. Los simplemente ricos tienen á su disposición Brighton, Manhattan, Narragansett, Long Branch y algunos otros. Pero desde algún tiempo acá les ha caído á los veraneantes de Newport una plaga peor que la de tener un vecino que no sea archimillonario, y es la invasión de los turistas. Estos pasan por la ciudad en grandes ómnibus abiertos, lo escudriñan todo con mirada indiscreta, y lo peor del caso es que los empresarios que acompañan estos vehículos los



8.—Abrigo redingote



9.—Traje de paño



10.—Portacriatura ó Moisés



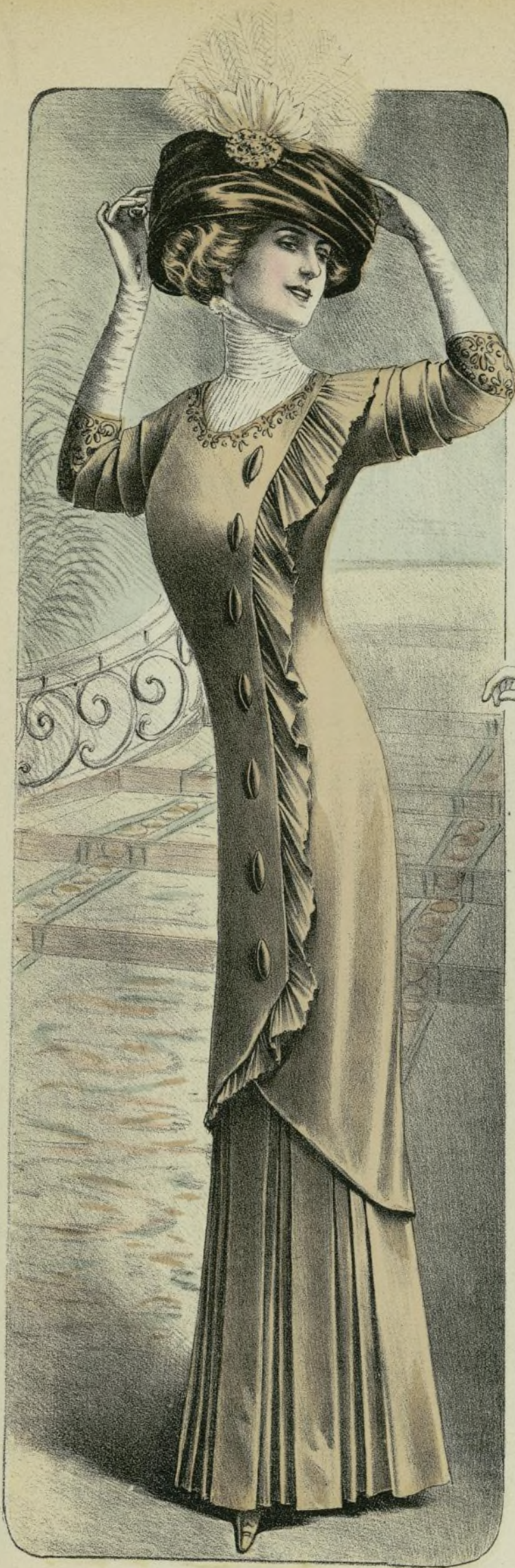
11 á 15. — TRAJES DE NIÑAS Y JOVENCITAS

hacen parar en cuanto bien les parece, y después de tocar la bocina, á fin de llamar la atención de todos, da uno ú otro con voz estentórea las necesarias explicaciones, entre las que á menudo se deslizan frases como las siguientes: «Señores, miren ustedes hacia la derecha; allí verán la villa de Aston Gould.

Cada hierbecilla del parque procede de las grandes haciendas de algún lord inglés». O también: «Fíjense ustedes en aquella señora sentada. Es la marquesa Parchesi, que cayó en las redes de un noble europeo que iba á la caza de millones». «La casa de la izquierda pertenece á Mr. Perthmeres, que no hace

mucho dió un banquete á los monos del jardín zoológico. Tiene 10.000 dólares por semana y en su casa hay un personal de sesenta y cinco criados».

Se comprende que explicaciones por el estilo forzosamente habían de producir pésima impresión en los aludidos y sus com-



Gaston DROUET, Éditeur



Savchel

389

J.Bas Imp. Paris.

Reproduction Prohibida.

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona,

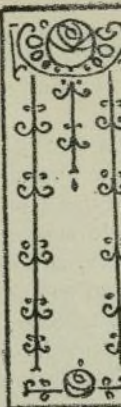
XXV. — N° 673

ESTREÑIMIENTO
SUPOSITORIOS CHAUMEL
para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOUE-PARIS, y en todas las Farmacias del Globo

*Solución Pankauberge, el
remedio más eficaz para curar las enfer-
medades del pecho, las toses recientes y
antiguas, las bronquitis crónicas.*
Ayuntamiento de Madrid



La „CRÈME SIMON„ la gran
Marca de las Cremas de
Belleza, es sin rival para el
tocador de las Señoras.



más

que
or la
rme-
cien-
oven
rno;
que
lida
ega-
odo,

e si
no
im-
ere
ro,
ara
que
nía
ia-

es
in
te
á
c-
r-
no
lo

a

a

o

.

a

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.

.



16 á 18. — TRAJES DE SASTRE Y DE TARDE

pañeros. En efecto, los archimillonarios de Newport se dirigieron a las autoridades para recabar de ellas la prohibición de que se visite su Eldorado, pero las autoridades, como es natural, han desechado esta pretensión. Así es que la selecta sociedad de Newport piensa abandonar aquella playa y buscar otro sitio donde se halle menos expuesta a las impertinencias de turistas y empresarios.

Bien mirado, semejante cambio de domicilio redundará aún en favor de la aristocracia yanqui, que de este modo podrá distraerse, aunque sea por poco tiempo, del terrible, del mortal tedio que la tiene embargada. Porque el caso es que la mayoría de los hijos de los archimillonarios americanos ni siquiera han de ocuparse en administrar su fortuna. El inmenso capital suele ser administrado por una comisión, presidida por el hijo mayor de la casa; de modo que la única tarea de los restantes hijos consiste en gastar, como mejor les plazca, el millón ó millón y pico de dólares que anualmente se les entrega. Son contadísimos los jóvenes millonarios que sepan disfrutar con goces intelectuales; más pronto encuéntrase quien cría perros ó caballos de raza, quien se entrega al boxeo, y aun quien, como hizo un joven Vanderbilt, hace de cochero en un arrabal, haciendo pagar cinco dólares a los pasajeros que ambicionaban ser conducidos por un archimillonario.

El peso del traje femenino

El calor de los meses de verano fué causa de que algunas damas francesas concurrentes a las renombradas playas bretonas, indagasen cuáles son las piezas de vestir de menos peso.

El resultado de sus indagaciones fué el siguiente. Llevando una señora ropa interior cuyo peso no exceda de 780 gramos, un refajo de 400 y una falda de muselina de 550 gramos, además de un sombrero que puede pesar hasta 340 gramos, puede lograr que en verano el peso de sus ropas no exceda de dos kilogramos y medio.

Un médico inglés sostiene la opinión de que el peso de los vestidos de una señora no debería exceder jamás de cinco kilos, y que durante la estación cálida puede rebajarse muy bien este peso a la mitad. Y hasta puede rebajarse más aún. Un traje de la más fina muselina de la India ó de muselina de seda no pesará más de 240 gramos, y de este mismo peso no excederá el refajo de seda japonesa. El peso de la ropa interior dependerá de si es de chiffón ó de seda. Un sombrero confeccionado con material vaporoso no excederá de 125 gramos.

Las damas de la época del Directorio, que sirven actualmente de modelo a nuestras elegantes, supieron en algunas ocasiones aligerarse del peso de la ropa. Madame Tallien se presentó una vez en un baile llevando un traje que no pesaba más que 560 gramos, el cual era de finísima seda, recubierto de dos faldas de gasa de seda, y un calzado de sandalias asimismo de seda.

En aquella época las damas solían hacer determinar minuciosamente el peso de las ropas con las cuales aparecían en los bailes y saraos.

Estadística de matrimonios

Según la última estadística de París referente a los nuevos enlaces de viudos, viudas y divorciados de ambos sexos, queda comprobado lo siguiente:

De 100 viudos vuelven a casarse 73 antes de transcurrir el primer año después del fallecimiento de la esposa; 15 esperan justito el fin del primer año; 10 ni esperan siquiera seis semanas, y sólo dos viudos no vuelven a contraer matrimonio.

En cuanto a las viudas, a quienes desde luego la ley les prohíbe casarse antes del décimo mes de su viudez, vuelven a contraer matrimonio, pasado el término legal, un 25 por 100 de éstas; 50 suelen esperar un año ó dos antes de elegir segundo marido; 8 esperan hasta cinco años para tomar tan grave resolución, y las restantes 17 guardan fidelidad al difunto.

No menos afanosos para contraer nuevo enlace se muestran los divorciados. El 75 por 100 de los hombres vuelve a casarse a los pocos meses de haberse efectuado el divorcio de su anterior enlace; 9 se mantienen a la expectativa durante cinco ó seis años, 2 cometen un suicidio y sólo 11 se conforman con las experiencias hechas. De las mujeres, en cambio, el 35 por 100 no vuelve a casarse, el 60 por 100 espera dos años antes de contraer segundas nupcias, y sólo el 5 por 100 se casa dentro del primer año siguiente al anterior divorcio.

Eduardo VII en la mesa

Eduardo VII pasa por ser uno de los más finos gastrónomos de su reino; tiene una predilección particular por los platos delicados, y su notable apetito le permite afrontar los menús más copiosos. Los grandes restaurantes de París lo saben muy bien eso. Desde su advenimiento al trono el rey ha reglamentado de un modo bastante original las horas de sus comidas.

A las nueve de la mañana se le sirve en un velador, en su gabinete de trabajo, dos huevos, carne fiambre, tostadas y tres tazas de té, el brebaje nacional. A las dos almuerzo abundante, tres ó cuatro platos. A las cinco (*five o'clock*) algunas tazas de té con pastelillos. A las siete merienda ligera, consistente en carnes fiambres. En fin, hacia media noche, una cena en regla: toda una serie de manjares delicados, muchos de ellos muy parisenses. El rey no es insensible a los entremeses ni a las golosinas.

El papel de cocinero repostero no es siempre cómodo, pues cada día le toca imaginar una receta ingeniosa y sobre todo inédita.

¿La bebida del soberano? Champaña. La cerveza le causa horror, el vino no le gusta mucho; así es que triunfa el vino nacional francés.

Finalmente añadiremos, para completar este punto de historia, que Eduardo VII echa coñac en su café y que fuma los mismos habanos que su sobrino Guillermo II.

EL CAMINO DE LA DICHA

NOVELA ORIGINAL DE M. E. MARCEL

(Continuación)

Alberto, al acabar de leer la carta, la arrojó encima de un velador con despecho, diciendo al mismo tiempo:

— Está visto que hoy no estoy de suerte: por un lado se burlan de mí, y me esplan; por otro me piden cuenta de mis acciones, y quieren, digámoslo así, que forme un inventario de los bienes de La Journeliere. Para colmo de felicidad, la señora de Richer quiere que vayamos a comer quesos y nata a su granja de los Olmos. No; ¡esto es demasiado para sufrido en un día! Yo necesito tomar un poco el aire, y, sobre todo, yo no soy un niño, é iré donde bien me parezca.

Y apenas hubo tomado Alberto esta resolución enérgica, cuando cogió su gorrita de campo y su escopeta, y se eclipsó por debajo de los árboles del parque. ¿Hacia dónde iba? La respuesta es muy sencilla: hacia la *Casa Gris*. Su corazón de joven sencillo y cariñoso todavía se había despertado de pronto. Se le recordaba de un modo brusco que debía pensar principalmente en su boda y en sus negocios, y él creía que lo primero que debía hacer era encontrar amigos en aquel país. Ahora bien; estos amigos no los veía él sino bajo aquel tejado decrepito, detrás de aquellas paredes medio derribadas. He aquí por qué se dirigía a paso largo hacia la casa del vizconde de Marcilles sin dignarse mirar siquiera si el diámetro de las encinas de La Journeliere era de seis pies ó de cuatro.

Sin costarle mucho trabajo, dió con el caminito que atravesaba la landa, y al cabo de poco tiempo llegó a la *Casa Gris*; la verja estaba abierta, y entró en el patio sin haber hallado alma viviente. También estaba abierta la puerta de la casa; tan grande era la seguridad que tenían las personas que habitaban allí de que eran demasiado respetadas para que nadie se propusiera a insultarlas, demasiado pobres para temer a los ladrones. Mas apenas hubo llegado nuestro joven al umbral de la puerta, cuando se paró de pronto, quedándose inmóvil y deteniendo el aliento para no perder nada de lo que llegaba a sus oídos. ¿Queréis saber, querido lector, qué era lo que Alberto oía? Pues bien: oía, en primer lugar, un clave, y empleamos expresamente este nombre antiguo, porque aquel instrumento de sonidos agudos, de una voz un poco cascada, remontaba seguramente a la época en que esta denominación estaba en todo vigor. Pero, por fortuna, el clave no estaba solo; dos voces puras y sonoras, que se acompañaban con una armonía maravillosa, cantaban un adagio impregnado de una majestad sublime y de una dulzura encantadora.

La voz patética de Renata exhalaba, por decirlo así, con una suavidad sobrehumana aquel cántico melodioso y puro, acompañado por Gabriel en notas más bajas y sonoras. Tan pronto vibraban las dos voces a la vez, tan pronto el soprano se elevaba en invocación dolorida y dulce, volviendo en seguida al dúo mágico en fuerza y majestad.

Alberto escuchaba con admiración y sin atreverse a respirar; nuestro joven no conocía aquella música que no había oído jamás, y cuyo estilo grave y sencillo no se parecía en nada a los gorgoritos melodiosos de la escuela moderna. Alberto, sin saberlo, había ido andando hasta la pieza en donde estaban los cantores, y al llegar éstos a la última nota, suave y moribunda como la vibración de un harpa, se despertó en él su instinto artístico y empujó bruscamente la puerta. Renata, que estaba de pie al lado del clave, se estremeció; Gabriel, que le vio entrar con su escopeta de caza y una lágrima en las mejillas, se levantó y se dirigió a darle la mano, con la sonrisa en los labios.

— ¿De quién es esa música que cantabais ahora a dúo tan divinamente?, preguntó Alberto conmovido.

— Es un salmo, contestó el sacerdote, composición de un maestro antiguo llamado Marcello; es el famoso *Cæli enarrant gloriam Dei*, que se mira como una de sus más bellas inspiraciones.

— ¡Ay de mí! Yo que estoy abonado a los Italianos, tengo que confesar con vergüenza que no conocía esta obra maestra. Pero ello es que también debería avergonzarme de haber entrado aquí como hubiera podido hacerlo el último patán, si bien la culpa de esto la tiene el embelesamiento en que me ha puesto vuestro cántico. Perdonad, señorita Renata, os pido mil perdones por mi rusticidad.

— ¡Oh!, a mi hermana le costará poco trabajo perdonaros, contestó Gabriel, porque, según decís, os hallabais subyugado por la música de ese viejo maestro a quien ella quiere tanto.

— ¿Y cómo no he de quererle?, dijo Renata perisativa todavía. Las composiciones de Marcello eran las que nuestra madre cantaba con más gusto, y por su método me ha hecho estudiar a mí la música. En muchos de estos salmos me parece oír aún el sonido de su voz, y hasta se me figura volver a hallar en ellos algunos pensamientos suyos. Hay notas que caen sobre mi corazón como las lágrimas que corrían por las mejillas de nuestra querida madre al cantarlas. Muchas veces me sucede no ver el libro que está abierto delante de mí ni este viejo clave desafinado; pero me parece oír vibrar a mucha altura una melodía divina, tan perfecta, tan pura, que la comprendo y la admiro sin poderla imitar.

— Por eso cantáis tan bien, dijo Alberto entusiasmado. Ahora mismo sentía yo, al oírlos, que el divino pensamiento del maestro se había posesionado de vos, y que el mundo exterior no tenía ya ningún dominio sobre vuestro ser. Ora estéis aquí completamente sola, ora os halléis rodeada de un numeroso concurso, cuando os penetráis de esa inspiración mágica, vuestra voz se eleva hasta el cielo y vuestra alma la acompaña. ¡Oh señorita!, yo me precio de interpretar medianamente una partitura; pero a vuestro lado no paso de ser un aprendiz. Nunca podría yo cantar ese salmo regularmente, después de haberlo cantado vosotros dos.

— Pero podríais cantarlo lo mismo que nosotros si os lo hubiera enseñado a cantar vuestra madre, contestó la joven con una convicción profunda.

Alberto no replicó; pensaba interiormente que quizás tenía razón la joven, y que lo que daba a su voz tanto encanto y tanta fuerza era el sentimiento, el recuerdo, la llama interior y divina que la abrasaba.

Y miraba y volvía a mirar a Renata, que había bajado los ojos, iluminados un instante antes por una especie de relámpago mágico y humedecidos ahora por una lágrima.

¡Oh señorita Olimpia!, ¡cuán atrás os quedabais entonces en el corazón de Alberto, a pesar de vuestros conocimientos en la música italiana!

— Comprendo, dijo Gabriel a su vez, la predilección de mi hermana hacia este maestro, cuya música hemos estudiado desde niños. Muchas veces en aquellas hermosas noches de América, cuando yo me encontraba solo y como perdido en la inmensidad de las sabanas ó de los bosques, sentía que mi alma se elevaba en alas de la oración y del éxtasis, y siempre era un himno de Marcello el que me venía a los labios en semejantes ocasiones, porque me parecía que aquellos eran los que mejor expresaban lo que yo sentía en el fondo de mi corazón.

— Lo que es, dijo Renata, que yo no estaba allí para acompañarte. ¿Por qué no he nacido yo hombre también? Jamás me hubiera separado de ti, y juntos hubiéramos sufrido, orado y ganado almas para el Señor.

— Tú te olvidas de padre, dijo Gabriel en tono de dulce reconvencción.

— Es verdad, contestó la joven. ¡Hay tanta necesidad de un poco de ternura y de alegría en esta gran casa solitaria! Es verdad, hermano mío, me desdigo de lo dicho, porque Dios lo hace todo bien.

— Sí; pero vos, dijo Alberto, debéis padecer mucho con la ausencia casi continua de vuestro hermano, sobre todo al pensar en los grandes peligros a que está expuesto continuamente, porque ello es lo cierto que cuando os separáis no sabéis si es para no volveros a ver jamás.

— En efecto, dijo Renata, con tristeza; en efecto, la separación de que habláis es una cosa terrible, y cuando Gabriel está lejos de mí, me siento tan débil y tan desanimada, que no parece sino que mi corazón se ha ido con él. Y esto no tiene nada de particular si se considera que mi hermano ha sido el único compañero que he tenido en la niñez, el solo amigo que tengo ahora; pero, por la misma razón de ser mi más precioso tesoro, no puedo disputárselo a Dios.

Al oír estas palabras tan sencillas como impregnadas de una convicción profunda, Alberto se quedó silencioso algunos instantes. ¡Cuántas cosas había aprendido en una conversación tan corta! ¡Cuántos horizontes nuevos se habían abierto delante de él! Hasta entonces no había visto la vida sino por el lado fácil; no conocía sino el camino real de ella, trillado y rodeado de rosas y céspedes floridos. Mas he aquí que ahora se le mostraba un sendero desconocido, árido y casi desierto; el camino del deber obscuro, del sacrificio incesante y modesto, la vía dolorosa en donde derrama el hombre lágrimas sin contarlas, porque en el horizonte celeste están la Fe y la Esperanza animándole con una sonrisa divina. ¿Y quién le ofrecía á nuestro joven aquella heroica y austera perspectiva? Una joven de diez y ocho años. Renata le revelaba el heroísmo de la mujer cristiana, así como le había iniciado en las sublimidades de la música religiosa: hasta entonces Alberto había ignorado completamente la existencia de estas dos cosas. No cabe duda en que había aprendido mucho en una hora.

He aquí por qué se volvió pensativo y taciturno á La Journeliere, después de haber dado un cordial apretón de manos á sus amigos de la *Casa Gris* y obtenido permiso para volver á oírlos algunas veces. He aquí también por qué frunció un poco las cejas cuando, al entrar en el patio de aquella lujosa morada, tuvo que sufrir las risitas y las chanzonetas de Olimpia y de Saturnino.

— ¡Cómo!, exclamó la primera al verle, ¿os volvéis con el morral vacío? Sin duda será por esto por lo que estáis tan serio.

— Sin embargo, dijo la madre de Olimpia terciando en la conversación; sin embargo, mis tierras están pobladas de caza, y no puede uno dar un paso por mis trigos sin que le salgan las perdices de debajo de los pies.

— ¡Eh!, ¡eh! exclamó Saturnino con malicia; es que quizás el señor Maucroix no habrá cazado hoy en vuestras tierras. Luego, cuando hay mucha caza, anda uno vacilando sobre la pieza á que ha de tirar, y á menudo sucede que no tira uno á nada.

Y en seguida, acercándose al oído de su rival, añadió en voz muy baja:

— Ya sabéis, amigo mío, que no se puede seguir dos liebres á la vez.

Alberto se hizo el sordo desdenosamente, y con testó que no había llevado la escopeta más que para no andar dando vueltas por aquellos campos con los brazos cruzados ó con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, como hubiera podido coger un bastón ó un paraguas, y que había andado vagando por las landas, sin acordarse siquiera de que hubiese perdices ó conejos que matar por aquellos lugares.

Al día siguiente por la mañana, mientras las señoras estaban en el tocador y Saturnino en la ciudad, Alberto entró en el salón llevando delante de los ojos la imagen de Renata y el dulce sonido de su voz en el corazón. Distráido y pensando en aquella imagen y en aquella voz, se sentó maquinalmente al piano, en cuyo atril estaba el *Trovador* abierto por aquella romanza que empieza *Noche serena*, que Olimpia había cantado, ó, mejor dicho, arrullado la noche antes con una maestría digna de mejor suerte. El joven sacó de allí el cuaderno de música con aire desdenoso y empezó á preludiar con notas sublimemente majestuosas la hermosa melodía de Marcello, de la que una gran parte se le había quedado grabada en la memoria. Poco á poco, arrebatado por una emoción hasta entonces desconocida para él, entonó con su argentina voz de tenor aquel patético y melodioso cántico, y se asombró al sentir interiormente, conforme iba cantando, un sentimiento de fe y de respeto que daba á su voz una emoción y una profundidad que le eran completamente desconocidas. Pero como no había podido retener todo

el cántico, se vió obligado á pararse á lo mejor, teniendo el disgusto de oír, en cuanto levantó las manos del teclado, unas risotadas y unos aplausos que conoció se le daban por ironía al notar la expresión del rostro de Olimpia y de su madre, que habían entrado sin meter ruido, para oír lo que cantaba.

— ¡Bravo!, ¡bravo!, exclamaba la pizpireta Olimpia; ¿nos estáis dando un trozo de concierto espiritual, señor Maucroix?

— ¡Bah!, añadió la madre, un joven no debe cantar una cosa tan pesada y tan lamentable, ¡y en latín!.. Eso es bueno para el Viernes Santo, y me parece que yo he oído cantar eso mismo un año en San Roque después del sermón de Pasión. ¿No es eso el *Stabat* del P. Goloso?

— ¡De Pergolesi, señora, por amor de Dios!., contestó el joven con bastante sequedad. No, señora, esto no es el *Stabat*, aunque, como ha insinuado muy bien esta señorita, es un fragmento de música sagrada.

— ¡Ah!, siempre viene á ser lo mismo. Algún *Tedum* ó algún *De profundis*, lo cual no es muy alegre. Lo que deberíais cantarnos es alguna cosa alegre y un poco picaresca, como: *No hay mujer que lealtad tenga*, ó los *Dos gendarmes*, ú otra cosa por el estilo.

— ¿Y por qué no el *Mamburá* ó la *Marsellesa*?, exclamó Alberto furioso, levantándose de su asiento y dirigiéndose bruscamente á la puerta.

— ¡Vaya un genio que tiene el mozo!, exclamó la viuda en cuanto Alberto hubo desaparecido. Se pone á cantar una cosa buena para acompañar un entierro, y cuando se le dice que cante otra cosa más alegre, se amosca y se eclipsa. Y, sin embargo, la alegría es propia de su edad. ¡Tu padre á los veinticinco años era un verdadero demonio! ¡Chical, ¡chical, yo no veo que una mujer sea dichosa con un marido que tiene el humor tan negro que goza cantando el *De profundis*. ¡Que se vaya á ser chantre de una catedral, que esa es su vocación!

— Yo quisiera saber, decía Olimpia como hablando consigo misma; yo quisiera saber qué mala hierba ha pisado esta mañana. Jamás le había yo oído cantar esta música; además estaba tan distraído..., tan...

En efecto, Alberto estaba muy distraído y, más que esto, muy pensativo; y aunque hacía todo lo posible por disimular su aburrimiento, aunque se había disculpado con las señoras de su arrebatado diciendo que aquel cántico de la Iglesia era uno de los trozos que más agradaban á su madre, no dejaban por esto de chocarle cada día más la frivolidad de Olimpia y los modales y el lenguaje chabacano y vulgar de su madre, que, alta como un rosál enano y gruesa como una cuba de sardinas arenques, parecía una mondonguera disfrazada de señora.

Así es que con mucha frecuencia, sobre todo en las nebulosas mañanas de octubre, se escapaba de la Journeliere y se dirigía por entre los brezos á paso muy largo á la *Casa Gris*, ansioso de ver aquellos rostros que le eran tan simpáticos; de suerte que el vizconde y sus dos hijos estaban ya tan acostumbrados á verle, le habían cobrado tanto cariño, que le trataban como si fuese un amigo antiguo, es decir, con una franqueza que aquellos señores no se permitían usar jamás con ninguna otra persona extraña. Alberto se encontraba tan perfectamente en aquella vieja y desierta morada, que había llegado á enamorarse hasta de la hiedra y de las demás plantas silvestres que crecían alrededor de la casa, ó que asomaban por las grietas de aquellas vetustas paredes, más parecidas á un gran montón de escombros que otra cosa.

Más de una vez, como observador indiscreto, había leído los rótulos de los libros que leía Renata, colocados en un estante de pino, y cuya encuadernación no tenía por cierto nada de elegante. Pero en cambio, todos aquellos tomos, cuyo exterior era tan humilde, estaban escritos por algunos de los más célebres maestros del pensamiento, tales como Fenelón, Bossuet, Chateaubriand y otros no menos célebres, que recreaban elocuente y honestamente el ánimo de Renata por espacio de una hora, cuando había acabado de repasar la ropa, y que todavía no era tiempo de arreglar la cena. Y aunque pocas, hay, sin embargo, algunas mujeres que pueden leer y apreciar un capítulo de filosofía al salir de la cocina, y que saben escribir páginas muy bonitas después de haber dejado el cestillo de la labor. Almas

puras, virtudes útiles y resignadas, cuyo tipo más perfecto ha sido, en Francia, Eugenia Guerin.

Alberto había conocido en París á las señoras que brillaban por su elegancia, por su talento y por la finura de su lenguaje en los salones; en la Journeliere veía á las provincianas insípidas y maldicientes. Únicamente en la *Casa Gris* hallaba á la joven modesta y seria, de alma noble y de corazón tierno; á la que era encanto del hogar doméstico; á la que podía, andando el tiempo, dar una educación sólida á los hijos que Dios la concediera, para que llegaran á ser unos hombres de provecho, y, sobre todo, religiosos y consiguientemente honrados.

Así es que Moucroix empezaba á preguntarse si las virtudes sin dote de la señorita de Marcilles no valían bien las ciento cincuenta hectáreas de Olimpia Richer. Y, después de todo, si en la Journeliere eran felices, no lo eran menos en la *Casa Gris*. Pero, ¡qué felicidad tan diferente! Lo que hay es que para disfrutarla era preciso saber ser hombre. Había que renunciar á muchas costumbres á las cuales se tenía mucho apego: al paseo, al bosque, á los guantes diarios, á la butaca del teatro de los Italianos.

Esta felicidad se gozaba dentro de unas paredes medio arruinadas, en un salón desmantelado y sin alfombras. Esta felicidad ofrecía al alma el horizonte de una dicha pura é infinita, pero no garantizaba á las exigencias del paladar sino la miserable perspectiva del pan de centeno y la sopa del caldo de berzas. Ahora bien; semejantes condiciones dan mucho en qué cavilar, sobre todo cuando uno no ha nacido en Esparta.

Y luego, para completar la felicidad se necesita el amor.

Alberto conocía que podía amar á Renata; hasta se le figuraba que había empezado á amarla; ¿pero estaba él cierto de que Renata pudiera amarle también? El amor verdadero jamás es presuntuoso; cuanto más humilde y más sincero es, tanto más tiembla. Alberto, que jamás había sido fatuo, se sentía en la ocasión presente más dispuesto de lo que había estado en toda su vida, á dudar de su mérito. ¿Qué era él al lado de aquella joven de noble estirpe, y que tenía un alma tan grande y unos ojos tan preciosos?

Por otro lado, había que pensar en M. Giraud. Alberto se desanimaba al pensar en la indignación de aquel buen hombre en el caso de que llegara á ver trastornados sus planes, derribados los castillos que había hecho en el aire, y las gruesas encinas de La Journeliere en manos de otro conquistador más hábil. El sobrino ingrato sería maldecido, y, lo que es tan malo como esto, desheredado.

Así es que Alberto, agitado por estos sentimientos tan distintos, fluctuaba entre partidos opuestos, pasando los días en una vacilación penosa, sin atreverse á marcharse tan pronto de La Journeliere, ni á volver definitivamente á París, ni á pronunciarse abiertamente por la casa medio arruinada. A todo esto se unía el que, al paso que la familia de Marcilles le recibía cada día con más afecto, la viuda de Richer empezaba á considerarle como un poco *tocado*, según su expresión textual, cuando veía que á pesar de salir de La Journeliere casi con estrellas, jamás traía al volver ni una miserable alondra. Entretanto Maucroix cantaba ya muy pocos días con Olimpia, pero empezaba á estudiar en la *Casa Gris* los salmos de Marcello y los oratorios de Clementi.

(Continuará.)

COMPRAD
LAS

Sederias Suizas

Pídanse las muestras de nuestras novedades en negro, blanco ó color.

Eolienne Cachemir, Shantung, Duchesse, Crépé de Chine, Cotelé, Messaline, Mousseline, 120 centns. de ancho, á partir de pesetas 1,45 el metro. para Vestidos, Blusas, etc. así como **Blusas y Vestidos bordados**, en batista, lana, hilo y seda.

Vendemos nuestras sedas, de solidez garantizada, **directamente á los consumidores, franco de aduana y portes á domicilio.**

Schweizer & Co., LUCERNE L 9 (Suiza)

Exportación de Sederias Proveedores de la Real Casa

Todas las **ENFERMEDADES** del **PECHO**
TISIS, RESFRIADOS DESCUIDADOS
BRONQUITIS AGUDAS ó CRÓNICAS, GRIPES, etc.

se curan radicalmente con las

Capsulinas Clin al Fosfotal

Único tratamiento racional, completo y realmente eficaz
 de las Afecciones de las Vías Respiratorias.

Combate los Fenómenos inflamatorios.
 Descarta todo peligro de complicaciones.
 Restablece las fuerzas del enfermo.

« Desde que empleo el **FOSFOTAL**, no he
 registrado una sola defunción por enfermedades
 del pecho. »

DE VENTA EN TODAS
 LAS BUENAS FARMACIAS.

Dr GORGON, de la Facultad de Medicina de París,
 5, Rue de Mézières, PARÍS.

1234

Para recibir el folleto explicativo, FRANCO DE PORTE, basta dirigirse á
 los Señores BASCANS y SALINAS, 111, Claris, Barcelona.

**AVISO Á
 LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL DE LOS
 JORET-HOMOLLE**

CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

DATA DE 1849

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPILLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS

PARIS
 8, St-Denis, 48

Las
 Personas que conocen las

PILDORAS
 DEL DOCTOR

DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

ANEMIA
 DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
 Todos los Medicos proclaman que

el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
 á la Hemoglobina
 CURAN SIEMPRE

BOYVEAU-ROB
LAFFECTEUR

CÉLEBRE DÉPURATIVO VÉGÉTAL
 cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
 EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.

Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico,
 SUCESOR DE BOYVEAU LAFFECTEUR,
 Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
 curación de las Afecciones del
 pecho, Catarros, Mal de gar-
 ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos,
 Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
 este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
 Enfermedades del Estómago y de los Intes-
 tinos, Convalecencias, Continuación de Partos,
 Movimientos febriles é Influenza.

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

ESCRIT. PARCIALMENTE POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con magníficas
 reproducciones de los más curiosos códices que exis-
 ten en la Biblioteca Nacional de París, grabados,
 mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así
 como copias de los más renombrados cuadros que
 existen en los museos de Europa.

A 50 céntimos el cuaderno de 32 páginas

Montaner y Simón.—Barcelona

ANEMIA DEBILIDAD VERDADERO **HIERRO QUEVENNE**
 Curadas por el Verdadero. El mas activo y económico, el unico inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
 ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia
 de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
 los brazos, emplease el PILIVORE DUSSEY. 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN